

LA MÁQUINA DE COSER

De todas las invenciones para facilitar el trabajo de la mujer en las labores domésticas y en las fábricas, es quizá la máquina de coser el ejemplo más sorprendente y que significó una maravillosa adaptación de dispositivos mecánicos para sustituir el trabajo manual.



La máquina de coser era por los años sesenta un bien escaso y, en la mayoría de las casas un lujo inexistente.

La máquina de coser era, casi siempre, legado de la abuela. La heredaban las hijas que, en muchos casos, no sabían usarla. Aunque, cierto es que, en cada casa había, si no una modista, una aprendiz de ello, porque, calzoncillos, camisas, cortinas,... necesitaban, mucho o poco, el uso de las máquinas de coser.

Por ello, no era raro que algunas vecinas acudieran, a quien la tenía, con la confianza de amigas, a que les hiciera

- *un respuntito en esta funda de almohadón,... en esta cremallera,... en esta sisa o*
- *mira a ver si me haces dos pinzas en esta falda que me ha quedado grande y es la única que tengo.*

MUJER Y COSTURA

HISTORIA DE LA MÁQUINA DE COSER

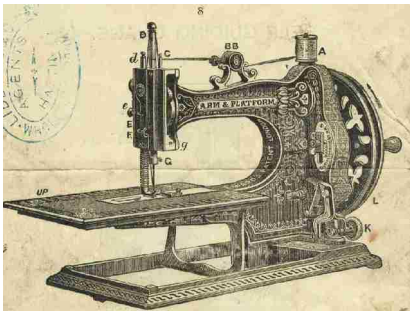
La primera máquina de coser, que no pasó de prototipo, fue patentada en 1790 por el inventor inglés THOMAS SAINT. Era una máquina diseñada para coser piel y tela. Usaba un solo hilo que formaba una puntada en cadena. En lugar de aguja, disponía de una lezna que perforaba el material a coser. El hilo se pasaba a través del agujero y una vara, a modo de aguja llevaba el hilo hacia la parte delantera, para la siguiente puntada.



Pero la primera máquina de coser, que se usó, se fabricó en 1829 por el sastre francés **BARTHELEMY THIMONNIER**.



La máquina utilizaba una aguja en forma de gancho que, mediante un pedal, se movía hacia abajo y un muelle la devolvía a su posición inicial. La máquina producía una **puntada en cadena**, al igual que la de Saint.



El sastre inventor, instaló 80 de estas máquinas en una empresa de confección, y los sastres de París lo llevaron a la quiebra.

Una noche un grupo de sastres, temiendo que las *máquinas de coser* les quitaran el trabajo, irrumpieron en la fábrica, destrozando todas las máquinas. El mismo Thimonnier temió por su vida.

Acabó su vida, arruinado, en Inglaterra.

Fue el estadounidense WALTER HUNT quien, hacia 1834 creó la primera máquina de coser, de puntada cerrada.

La máquina empleaba una aguja con un ojo en la punta y una lanzadera oscilante.

Pero fue SINGER quien, combinando varias patentes en el campo de las máquinas de coser, sentó las bases para la producción en serie de estas máquinas.

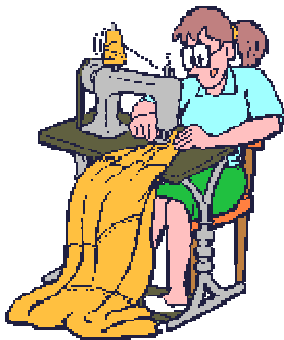
MUJER Y COSTURA



En España fue Alfa, creada en 1925 en Éibar, la primera fábrica de máquinas de coser.



LAS MODISTAS



Jóvenes de entre 15 y 20 años aprendían a coser. Algunas, para dedicarse a coser profesionalmente. Otras, sencillamente, por la necesidad de saber hacerlo. Camisas, ropa interior, de hombres, mujeres y niños se hacían a mano.

Hasta principios del siglo XX, las mujeres del pueblo acudían a la modista a que les confeccionara los vestidos de boda, de la fiesta. Y la modista a su vez, tenía en su casa, una especie de taller donde algunas *mozas del lugar*, aprendían "el corte", todo el día entre agujas y alfileres, dedales y tiza de marcar, hilvanando y deshilvanando, poniendo botones, respunteando, haciendo pliegues, sisas...sin otro emolumento, la mayoría de las veces, que la propina de la señora que acudía a probarse y las clases gratis de la maestra. Las aprendizas no pagaban nada a la maestra, pero a cambio de aprender le ayudaban con la costura.

MUJER Y COSTURA

En algunos lugares, también obsequiaban a la maestra con lo que buenamente podían: algo de trigo para las gallinas, huevos, leña, carne, longanizas...



Las jóvenes se sentaban en sus sillas formando un corro y en el centro se ponía el montón de ropa que tenían que coser. Trabajaban mañana y tarde y, en los meses de invierno, instalaban también un brasero o una estufa de leña. Nunca faltaba tema de conversación en el grupo y, a veces, la modista tenía que imponer un poco de orden y silencio.



Empezaban las aprendizas con las tareas más elementales: sobrehilar, pasar solapas, y ,según su capacidad, pasaban a hacer trabajos más importantes. Las telas con las que trabajaban normalmente eran batistas, organdís o lanas, aunque en los últimos tiempos se utilizaba mucho el algodón y también fibras sintéticas. Con esos tejidos se hacían pantalones para niños, vestidos, blusas, abrigos y todo tipo de prendas para niñas y señoras.



Taller de modistillas

- “ Antes, y con un poco de suerte, estrenábamos ropa tres veces al año: Semana Santa,(en Domingo de Ramos,si no estrenas nada se te caen las manos),la fiesta de San Miguel, y para Navidad, si el bolsillo lo permitía.

Fue La Juliana, la modista, la modista de toda la vida, quien nos confeccionaba la ropa.

Las madres compraban telas y ella se encargaba de ponernos guapas. Hasta vestido de comunión nos hizo a algunas.

MUJER Y COSTURA

Llegabas a la modista, te enseñaba los figurines, te ponía el cuerpo de uno, la falda de otro, y las mangas de un tercero, (imposible salir dos repetidos). Alta costura era lo que teníamos, aunque no nos diéramos cuenta.

Hoy en día todas las modistas de nuestros pueblos serían consideradas como maestras de la alta costura. Todo confeccionado a mano, dejándose los ojos, las espaldas y sus horas de sueño, detrás de la máquina de coser.

Cuando se acercaba la fiesta, los encargos saturaban la capacidad de la modista. Pensaban las mujeres que su vestido no iba a estar a punto para el día principal, pero, aunque fuera esa misma mañana, la modista te lo llevaba a casa debidamente planchado, y tapado con una impoluta sábana blanca.

La ropa te la hacían, como se hacía todo, para que durara tres o cuatro temporadas. Ya se encargaban ellas de dejar bastante dobladillo, y bastante metido en las costuras.

Cuando lo estrenabas, te llegaba casi por los tobillos, y cuando ya dejabas de usarlo, dos o tres años después, es cuando te venía realmente bien, por debajo de las rodillas. Ropa indestructible, porque los respuntes estaban “echados, a conciencia.”



MUJER Y COSTURA

RECUERDOS

No era mi madre modista, pero manejaba la máquina bastante bien y hacía de todo cuanto se podía confeccionar con ella.

La máquina de coser, SIGMA, tenía un lugar privilegiado en la cocina. Casi empotrada en la pared, recibía toda la luz que atravesaba la ventana del patio, la única que iluminaba la cocina.

Y, frente a la máquina pasaba mi madre horas y horas.



Aquella máquina de coser sería la música de fondo de mis sueños infantiles. En mis horas de siesta escuchaba, dormido, el sonido que los pies de mi madre imprimían sobre ella. Suave bamboleo, un repiqueteo corto, una marcha larga y decidida.

*Yo, sabía,... de hacer canilla, de respuntes, dobladillos... y de mecánica. Cuando la máquina fallaba, **hurgaba** mi madre con dos destornilladores, grande uno, pequeño el otro, que venían con el kit del aparato. Aún conservamos los destornilladores. Los primeros que vi, que tuvimos, y que estaban siempre en el cajón de la máquina.*

En las frías y lluviosas tardes de invierno cosía mi madre, en la cocina, al calor, el lejano calor, del fuego de la lumbre, junto a la ventana que daba al patio.

Concentrada en su labor, con el ingenio que aguza la escasez, daba la vuelta a los cuellos y los puños rozados de las camisas,

MUJER Y COSTURA

hacía dobladillos en trapos viejos que luego se usaban como servilletas, mezclaba retales de varios colores y componía con ellos un sencillo vestido o esos mismos retales, adornados con vivos, se convertían en unas cortinas o pañitos para la radio o los vasares de la alacena.

Y ella, inclinada sobre la máquina, se apartaba, a ratos, para hilvanar una costura, dar un picotazo con las tijeras, rellenar de hilo la canilla o contemplar el avance de la labor.

Se levantaba de vez en cuando para ver la comida en la lumbre, probar el potaje, atender las travesuras de los hijos, o echar a las gallinas.

LOS NIÑOS “ NO HABLAN NÁ, ... PERO SE FIJAN MUCHO.”

Y así pasó. Yo oía, ... pespuntos,... canillas,... dobladillos. Oía...

Pero, alguien,... oía y ... aprendía, o ... quiso aprender.

Y un día, se puso a la máquina, con idea de coser,... sin tela, y la aguja perforó su débil dedo. Allí quedó. Con el dedo traspasado y sin poder, lógicamente, moverse. Tampoco chilló mucho. Fue más el susto de mi madre. Y, ¿cómo sacar el dedo traspasado por la aguja?. Y quiso la casualidad, que no la sabiduría, que un pequeño movimiento de la rueda, provocado por el que esto escribe, liberara el dedo traspasado por la aguja.

Y ahí quedó todo, ni infección ni nada. Ni miedo. Porque, tiempos después, no se separó de la máquina. Trabajó con ella. Sacó de ella nuevas posibilidades, y aún la conserva, como oro en paño, aunque ya no es su herramienta de trabajo.

Lo que nos gusta enredar,.... C.

Manuel Fernández Grueso.

Enero 2015.